
presentación

IX

En el umbral de un nuevo siglo

«Arbor» abre en esta ocasión sus páginas a la historia madrileña. Disponemos de revistas consagradas a este campo, la más joven, «Madrid», que edita la Comunidad, pero parece conveniente que alguna vez una revista cultural de arco abierto vuelva los ojos a su circunstancia —por decirlo en términos orteguianos—, convirtiéndose en cátedra para el análisis de su entorno social e histórico. Recordemos el número doble que dedicó la «Revista de Occidente» en 1983 a «Madrid: Villa y Comunidad». Se trataba de un número distinto del que ahora presentamos, pues en él colaboraban políticos, filósofos y escritores al lado de geógrafos e historiadores para interpretar la realidad madrileña, de la capital y la provincia, en un vuelo cronológico que iba desde los orígenes de la capitalidad y la provincia de Madrid hasta la andadura autonómica. Frente a este arco de siglos el número de «Arbor» se ciñe a un momento muy concreto de la historia madrileña, el que remonta la última curva de nivel del siglo XIX, alcanza la cresta divisoria de dos centurias e inicia el descenso en los primeros años del novecientos, y se ha tejido con las aportaciones exclusivas de historiadores de plural especialización.

Podría argüirse que el guarismo redondo del 900 ofrece más incentivos a la imaginación que significación real en el desarrollo de la ciudad, pues en efecto tendemos a atribuir simbolismos a determinadas cifras, aniversarios o centenarios que en ocasiones poco significan, mas aunque así fuera no podría negarse que en la tradición popular se celebran los cambios de año y con mayor motivo de siglo con un entusiasmo de fiesta y esperanza que ya constituye en sí un fenómeno social, no obstante no fue el año 1900 sólo un guarismo de ceros incitador, porque el paso del siglo XIX al XX vino acompañado además por una procesión de cambios que proporcionaron a los

hombres de entonces la imagen del inicio de una edad nueva. En pocos años los hombres aprendieron a encender bombillas, circularon en automóviles, volaron en máquinas casi milagrosas que parecían desafiar el reino de los pájaros, bucearon y aprendieron a desplazarse en el seno de las aguas oceánicas, escucharon el gramófono, contemplaron las imágenes móviles del cine, triunfaron sobre ciertos microbios, se asomaron al subconsciente. Esa edad prodigiosa encontró su protagonista en la electricidad. Desde los años 80 se practicó la religión de la electromanía. Los descubrimientos realizados acerca de este fluído misterioso e invisible recorrieron las páginas de novelistas como Julio Verne y Zola y animaron los discursos de los estadistas. La fantasía enriqueció el imaginario social. Las Exposiciones Universales, entre ellas la de París de 1900, demostraron la supremacía de la electricidad sobre su competidor, el gas. En un texto de 1901 se profetizaban muchas conquistas por desgracia utópicas: «Navíos eléctricos harán en dos días el viaje desde América a Inglaterra... Corrientes eléctricas aplicadas al suelo aumentarán el volumen de las legumbres y de las frutas y destruirán las malas hierbas». Aunque no alcanzaran sus virtudes el carácter taumatúrgico que los ingenuos esperaban, la iluminación nocturna aumentó el atractivo de las ciudades y contribuyó a acelerar el éxodo rural, la huída de los hombres de las regiones dominadas por la noche. Al mismo tiempo acusó más todavía los contrastes centro-periferia, pues fueron los barrios del centro los que primero disfrutaron de este progreso mientras los humildes del extrarradio habrían de contabilizar la oscuridad nocturna o la penumbra de las lámparas antiguas en el capítulo de carencias de servicios públicos. En París se iluminaron con lámparas eléctricas los Grandes Bulevares en 1889; en 1903 se instaló en Saint Denis la central que proporcionaría energía para el Metro. En tanto la sociedad francesa concedía prioridad a las conquistas sociales de la electricidad, en Alemania se prefería aprovechar su condición de fuerza motriz, potenciando la capacidad de producción fabril.

En Madrid se inició en 1891 la electrificación de los tranvías, que arrumbó los vetustos coches arrastrados por mulas; en enero de 1900 se inauguró la iluminación eléctrica de varias calles céntricas. El final de siglo se vivía en la Villa con los ojos abiertos a la energía milagrosa y a todos los avances de la época, entre ellos el cinematógrafo. La primera proyección pública de una película en España tuvo lugar el 11 de mayo de 1896 en Madrid, como parte de una función de circo promovida por Erwin Rousby, quien utilizó un aparato denominado animatógrafo para cautivar con sus imágenes a los estupefactos espec-

tadores, y sólo cuatro días más tarde, en el programa de celebraciones de San Isidro, Alexandre Promio, enviado de la casa Lumière, repetía el espectáculo en el bajo del Hotel Rusia, en la Carrera de San Jerónimo. Pronto se dispondría, en el emplazamiento del cinema Doré, en la calle de Santa Isabel, de una barraca dedicada a tan fascinante experiencia de ludismo colectivo, hasta que en 1923 Crispulo Moro construyera con la aportación decisiva de Anasagasti el cine que es en la actualidad sede de la Filmoteca Nacional.

A diferencia de lo ocurrido en el año 2000, cuando las urgencias comerciales de las cadenas de centros de venta, llamadas de manera gráfica por la vastedad de sus establecimientos «grandes superficies», denominación tradicionalmente más propia de la geografía o de la agricultura que de la actividad vendedora, consiguieron adelantar doce meses el calendario, fijando el tránsito de centuria y milenio en el despegue del 2000, los madrileños de 1900 tuvieron claro que vivían el último año del siglo XIX y que hasta el 1 de enero de 1901 no tendrían la posibilidad de observar en los relojes la primera hora del siglo XX. En sintonía con el calendario, los grandes rotativos madrileños eligieron ese día auroral para ensayar un balance del siglo XIX o presentar los horizontes de España después de la crisis de 1898. «El Imparcial» afrontó esta prospección con las firmas de algunos de los periodistas y escritores más ilustres, pues consiguió reunir las de Mariano de Cavia, Ortega Munilla, Sinesio Delgado, Pardo Bazán; «La Correspondencia de España», el más popular y durante años el de mayor tirada, solicitó la colaboración de los políticos, entre ellos Silvela, Pidal, Moret, Romero Robledo, Eduardo Dato, Gumersindo de Azcárate; «Heraldo de Madrid» realizó un despliegue de nombres menos sonoros pero que le permitieron presentar una imagen de todo el siglo XIX a manera de balance de cierre de centuria. También fue ese día el elegido para inaugurar en la plaza de María de Molina el mortumento a Cánovas, con asistencia de la Familia Real y discursos del Presidente del Senado y de Romero Robledo, inauguración que implicaba un compromiso de mantenimiento del modelo político de la Restauración en un periodo en el que se acercaba la mayoría de edad de Alfonso XIII, y cuyo simbolismo ocupó la atención de «La Epoca», vocero del prócer conservador hasta su trágico final. Podríamos deducir que en ese momento los intelectuales y los políticos miraban tanto hacia atrás como hacia adelante, en una posición exigida por el valor simbólico que el año de parto de un siglo implica. Esa ventana del tiempo invitaba a la ciudad a mirar también en las dos direcciones, por lo que el lector

encontrará en la serie de artículos fenómenos decimonónicos, de continuidad, y el inicio de los que calificarían la nueva era, en la cual, como en la percepción de los catecúmenos, sólo se vislumbraban promesas y todavía no se atisbaban las sombras de una centuria que tendría en la capital episodios violentos y capítulos trágicos.

Para algunas ciudades el camino que cruzó la cresta de dos siglos constituyó una etapa decisiva. Se podría hablar de ciudades en estado de gracia, tanto por los cambios urbanísticos como por la renovación cultural impulsada por pensadores, escritores y artistas. Fue el caso de Barcelona. Entre la Exposición Universal de 1888 y la Exposición Internacional de 1929 la ciudad experimentó una metamorfosis asombrosa. Al mismo tiempo que Madrid, la Ciudad Condal incorporó la iluminación eléctrica, impulsó con los tranvías eléctricos el transporte público y descubrió el cine. Pero los fenómenos más profundos no se referían a la simple asunción de los avances de época. La nómina excepcional de arquitectos modernistas configuró en la Diagonal y el Paseo de Gracia conjuntos urbanos en los que se casaban la arquitectura y las formas orgánicas de la naturaleza y que constituyen hoy uno de los emblemas de orgullo de la ciudad. Tras la renovación de la construcción, la decoración y el mobiliario que el modernismo aportó al arte de vivir de los burgueses barceloneses, el noucentismo, propuesto por Eugenio D'Ors («Xenius»), sumergió la cultura catalana en un baño de cultura europea. Que dos movimientos tan originales como el modernismo y el noucentismo convergieran en 1900 demostraba la potencia de los grupos cultos. Nonell, Picasso, Carner, suscitaban a su alrededor un latido de fiebre creadora. Una fiebre que tuvo sus templos, como la tertulia artística de «Els Quatre Gats», y, sobre todo, el nuevo símbolo de la ciudad, la creación más genial del máximo artista del modernismo, el templo gaudiniano de la Sagrada Familia, descrito por Pijoan como el eco de los «gemidos comprimidos del alma catalana».

No fue tan decisivo el tránsito de siglo para el Londres victoriano. La Reina Victoria moría el 22 de enero de 1901, dejando como herencia las glorias del imperio, pero también en Londres una capital dual de esplendor y miseria. En términos cuantitativos lo fue en cambio para Berlín, que aumentó de los 800.000 habitantes de 1870 a los 2 millones de 1912, auge que correspondía al paso de capital de Prusia a capital de un imperio. A partir de 1900 se sacrificaron extensas superficies boscosas para ampliar un caserío que demandaba la acelerada escalada demográfica, y en 1902 comenzaban los trabajos del Metro, que Siemens había propuesto en 1880. Más importancia tuvo el final de siglo en

París. La nueva época se reflejó en el crecimiento de la gran industria y en la rápida configuración de la red de transportes, no obstante ofrecían mayor relevancia los fenómenos de carácter cultural. París había mantenido su cetro de capital artística de Europa a lo largo del siglo XIX, desempeñando un papel que en otras épocas históricas habían representado Florencia, Venecia y Roma, y aun intensificó ese carácter en los inicios del siglo XX, según atestiguan figuras tan revolucionarias en los rumbos del arte como Debussy, Proust y Gide, aunque la primera evocación debería dedicarse a los nombres gloriosos de tantos pintores de todas las latitudes que acudían a saborear la intensa e incitante vida nocturna de la «Ciudad de la Luz», y que llegaron a ser ingrediente del espíritu de la capital francesa. La misma combinación de renovación arquitectónica e impulso cultural que hemos señalado en Barcelona habría de ser reconocida a la Viena de 1900, comprobable en el sugestivo libro de Carl E. Schorske: «Viena Fin-de-Siècle». El impacto en el paisaje urbano de los maestros del «Art Nouveau» fue decisivo. De Otto Wagner, su máximo representante, elogia Schorske «su capacidad de elevar la uniformidad a monumentalidad». La «Ringstrasse» señalaría la apoteosis de sus diseños. Y bastarían los nombres de Freud, Klimt, Kokoschka y Schoenberg para acreditar cuanto significó la capital del imperio austro-húngaro en los nuevos caminos de la medicina, el arte y la música en el tránsito de las dos centurias.

Epoca, pues, de grandes retos y enormes posibilidades para las ciudades. El pulso de la vida social madrileña tuvo un cronista puntual en Melchor Almagro San Martín: «Biografía del 1900», libro que le ha servido de guía a Francisco Villacorta en su artículo para realizar un penetrante análisis de la sociabilidad madrileña. La misma imagen festera del novecientos es la captada por Federico Carlos Sáinz de Robles, quien describe una Villa donde se divertían las clases populares en concurrencias verbeneras, reían los espectadores con las gracias de Arniches, se oían en plazuelas las notas de organillos chulones y daban las primeras patadas a un balón sendos equipos de mozos en un descampado. Esta imagen de paz pública un tanto castiza era sólo la espuma de procesos más profundos que no deberían pasar desapercibidos.

Aunque sin el esplendor artístico de Barcelona, la arquitectura madrileña incorporó diversas corrientes, insertas en el espíritu «revival» de los historicismos, como el neoplateresco y el neomudéjar, sin dejar de prestar atención a los estilos contemporáneos del modernismo y el racionalismo. Adaro, Arbós y Grases Riera, los arquitectos más destacados en la intersección de los dos siglos, fueron seguidos por los

que iniciaron su carrera en torno a 1900, como Antonio Palacios, López Sallaberry, Eduardo Reynals o Pérez Villaamil. El Ministerio de Fomento (1893), hoy Ministerio de Agricultura (seguramente la mejor solución —en ningún momento barajada— para la ampliación del Museo del Prado), el Banco Hispano Americano (1895), el edificio de «Blanco y Negro en la calle Serrano (1899), el Palacio Longoria (1902, actual sede de la Sociedad de Autores), el Palacio de Comunicaciones (1904) o el Casino (1905) fueron creaciones relevantes que respondían a las pretensiones de monumentalidad de las grandes urbes contemporáneas. Para el viandante actual un paseo por las calles Almagro y Miguel Angel le depara la oportunidad de comparar los extraordinarios edificios de los primeros lustros de siglo con los más seriados, de menor personalidad, surgidos posteriormente sobre los solares de inmuebles que deberían haber sido protegidos.

Si los edificios además de una función directa de utilidad a sus propietarios o usuarios desempeñan otra de expresión colectiva de la vitalidad de una urbe, no menor atención ha de prestarse a la nómina de escritores y artistas que vivían en Madrid, procedentes de todos los rincones de la geografía peninsular, y que se convirtieron en la savia de la sensibilidad y las conexiones nerviosas de la reflexión intelectual de la sociedad madrileña. Gómez de la Serna señalaba como rasgo propio de Madrid la síntesis de ideas, estilos y gentes que convivían estimulándose mutuamente y contribuyendo a vivificar el carácter de la ciudad. «Al contrario de lo que con otras ciudades suele ocurrir no nos integramos en Madrid, Madrid se integra en nosotros», apuntó Tierno Galván. En los cafés podían encontrarse todos los hombres del 98, desde Unamuno y Azorín a Baroja, Machado, Maeztu y Valle Inclán, congregación de plumas de procedencia geográfica tan dispar que justifican la caracterización en tono trágico que Antonio Machado adscribió a Madrid durante la guerra civil de «rompeolas de todas las Españas». Y a su lado, los jóvenes que cubrían la nómina de la generación del 14 con Ortega a su cabeza. En las tertulias comparecían Echegaray, Campoamor, Núñez de Arce, Menéndez Pelayo, Pardo Bazán, Juan Ramón Jiménez, Ramón y Cajal, practicantes de un ocio verbal de intercambios cultos que en sus respectivos centros de sociabilidad ejercían políticos y aristócratas perorando sobre cuestiones más mundanas.

Detrás de esta fachada de esplendor, que tuvo su exponente en la almendra bancaria, dibujada entre Sol, Cibeles y Neptuno, con los rutilantes edificios del Hispano Americano, Urquijo, Banesto o las casas de Seguros, entre las que descollaba «El Fénix Español», la ciudad

ocultaba un espacio fuertemente jerarquizado, en el que contrastaban las opulencias de algunos distritos, fundamentalmente Centro, Congreso, Buenavista y Hospicio, con los proletarios del Sur: Latina, Hospital e Inclusa, y del Norte: Universidad y algunos barrios de Chamberí. Baroja, al igual que Martín Santos medio siglo más tarde, sería el notario de los bolsones de miseria y superstición, que se mantenían sin alteración desde la época de la denuncia galdosiana de «Misericordia». Las contradicciones londinenses del West End y el East End tenían su réplica madrileña en la contraposición entre el ambicioso intento de vertebración axial a lo largo de la Castellana, con su cohorte de espléndidos palacios, y las humildísimas corralas y viviendas de corredor, donde se hacinaban las capas ínfimas de la pirámide social.

La simbiosis de lo opulento y lo miserable, y de lo viejo y lo nuevo, podía descubrirse en todos los órdenes. Porque si la economía capitalina iniciaba un proceso de protoindustrialización subsistían al mismo tiempo pequeñas fábricas y sectores sometidos a las rutinas de la producción artesanal, y permanecían y aun se incrementaban los elementos de ruralidad. La leche que se consumía en Madrid, un artículo esencial, se producía en un porcentaje alto dentro del recinto municipal, en granjas del extrarradio y en ocasiones situadas en zonas más céntricas del mapa urbano, en una cuasiconvivencia de inquilinos y reses.

Una ciudad en transformación, donde era posible disfrutar de los avances que ofrecía el nuevo siglo o asomarse al pasado en la mugre de pobreza y atraso de algunos distritos, contrastes que seguramente subrayó energicamente la luz eléctrica al magnificar el esplendor de las áreas más suntuosas, tuvo en un alcalde, Alberto Aguilera (en tres ocasiones, entre 1901 y 1910), el visionario diseñador de operaciones de gran calado que situarían la Villa en un nivel de dignidad compatible con sus altas funciones de representación como capital del Estado. El parque del Oeste y los bulevares prestaron al paisaje urbano esa mezcla de urbe y jardín que habían soñado los urbanistas más utópicos del siglo XIX.

Se consagra la serie de artículos de este número al análisis de un Madrid dual en la circunstancia del cambio de siglo. No es nuestro propósito anticipar el contenido, pero como guía del lector anotaremos sumariamente la ordenación y objetivos de los trabajos.

Los dos primeros se dedican al espacio y la población. El de José Carlos Rueda examina los cambios del paisaje urbano, señalando los retos a que respondió y las principales operaciones: la Gran Vía y los

ensayos de urbanización del Extrarradio. El artículo del autor de esta Presentación estudia el modelo demográfico, en el que subsistían algunos arcaísmos, y los problemas sanitarios que escalafonaban los distritos y barrios según su nivel social.

Los dos siguientes se ocupan de la condición de Madrid como capital económica. El elaborado por Antonio Gómez Mendoza analiza los inconvenientes de la posición central de Madrid y su superación al articularse una red ferroviaria y convertirse en centro de las redes telefónicas y telegráficas, y más tarde aéreas. Sus sugestivas apreciaciones coinciden con las de José Luís García Delgado, quien valora el papel polarizador de la capital y acredita el proceso de diversificación del tejido productivo. La consolidación del sector industrial se reflejó en la potencia instalada, diez veces mayor en 1905 que en 1885.

La política, tercer campo de observación, está atendida en otros dos artículos. Aunque el de Manuel Espadas Burgos traspasa esta frontera, puesto que la vibración de la guerra cubana en el pulso de la ciudad, reflejada en los debates públicos y los artículos periodísticos, e incluso en los coros de zarzuela o en las corridas de toros, nos introduce en el territorio de la historia social. En el siguiente artículo Amparo García López examina la dinámica electoral en las circunstancias del establecimiento del sufragio universal, que propició el éxito republicano de 1893, no obstante la recuperación gubernamental se produjera ya en la siguiente convocatoria. La relación entre la condición social de los electores de los distritos y el voto es una de las más interesantes deducciones de su meticuloso estudio.

Aparece en este último trabajo el tema de la composición social de Madrid, que exigiría un espacio más amplio que un monográfico, pero que es atendido en dos puntos menos frecuentados por la publicística: la clase obrera por Santiago Castillo, la situación de la mujer por Gloria Nielfa. Con un enfoque novedoso Santiago Castillo demuestra la estrategia reformista del movimiento socialista en Madrid, que en muchos casos converge con el intervencionismo estatal en el momento de la elaboración de las leyes sociales de principios de siglo. Una lectura atenta merece el trabajo de Gloria Nielfa, porque el dualismo social que en otros artículos se reflejaba en las diferentes condiciones de los espacios urbanos y en las ostentosas diferencias de clase se extiende aquí a otra división, la de género, que situaba globalmente a las mujeres como un colectivo marginado.

La vida cotidiana es argumento de dos trabajos. El método de análisis de Francisco Villacorta extrae todas las posibilidades heurísticas del grabado y la fotografía para el conocimiento de los espacios de sociabilidad y el calendario de celebraciones colectivas, así como para percibir la condición interclasista de los ámbitos religiosos y de algunos parajes de fiesta popular. Por su parte Carmen del Moral pasa revista a los hábitos de ocio y esparcimiento, desde los paseos y los lugares de la palabra hasta las diversas manifestaciones de los géneros dramáticos.

Las tres últimas colaboraciones están dirigidas a la esfera cultural. Estíbaliz Ruiz de Azúa presenta las principales instituciones científicas y los ensayos de renovación, antes de examinar el mundo de la educación en sus niveles, desde la enseñanza primaria a la universidad. El poder de atracción que ejercía Madrid sobre los científicos y educadores parecía gemelo al que en el orden económico desempeñaba en su condición de centro de la red rutera. Todo confluía en Madrid: trenes, teléfonos, científicos y catedráticos. Jesús Timoteo Álvarez abre su enfoque a las posibilidades de análisis de la prensa, empezando por la consolidación de un nuevo sector industrial, pasando por la función salvífica de los rotativos a lo largo de la crisis del 98, y rematando con una presentación de los debates acerca de la significación cultural del periódico, para lo que propone una relectura de los diarios después del desastre con algunas puntualizaciones temáticas. El número se cierra con el estudio de Jesús Martínez sobre el trascendental tema de la lectura: editores, encuadernadores, libreros, tasas de alfabetización. Que en Madrid se publicaran 23 periódicos diarios y 4 no diarios además de 235 títulos científicos y literarios de un total de 483 registrados en España vuelve a mostrarnos el carácter de epicentro que Madrid desempeñaba en el umbral del nuevo siglo.

Cela terminaba su semblanza de Madrid (1966) diciendo que si en vez de ser de Padrón fuera del castillo famoso que al rey moro quita el miedo podría rematar su libro con una laude matritense, pero al ser foráneo habría «de conformarse con el piropo de la gratitud». No pertenecientes los autores al Parnaso, recinto reservado a los inmortales, sino al más temporal y menos cumbreño del mundo académico, ha respondido cada uno con su trabajo al mismo sentimiento de correspondencia por una Villa en la que desenvuelven su siempre inacabada tarea de esclarecimiento del pasado histórico de Madrid.

Antonio Fernández García